

Estella-Lizarra y la batalla de Noáin

Peio J. Monteano Sorbet¹

Gracias a los recientes hallazgos documentales, los hechos acaecidos en Estella-Lizarra durante la segunda mitad de 1512 son bastante bien conocidos. La rendición de la ciudad el 16 de agosto y su posterior sublevación a principios de octubre fueron las dos caras de la moneda de la actitud de los estellese aquel decisivo año.

Contrastando con ello, la actuación de los estellese en el levantamiento que precedió a la entrada del ejército franco-navarro en mayo de 1521 ha sido prácticamente desconocida, algo que, a decir verdad, llamaba la atención del historiador. Estella era uno de los centros más activos del legitimismo navarro y, por su situación estratégica, la pieza clave de su sistema defensivo. Por ello, resultaba realmente extraño que quienes en 1512 estuvieron a punto de hacer malograr la conquista española hubieran permanecido de brazos cruzados una década más tarde.

Por suerte, nuevos documentos encontrados tanto en Simancas (Valladolid) como en París nos permiten sacar a la luz el protagonismo que la ciudad de Estella tuvo en los acontecimientos que desembocaron tanto en el sitio de Logroño como en la batalla de Noáin. La correspondencia que intercambiaron, de un lado, los gobernadores de Castilla —el condestable Velasco, el almirante Enríquez y el cardenal de Utrecht—, y, por otro, el general Lesparre (al que los navarros llamaban Asparrós o Masparrós) y los reyes de Francia y Navarra, arrojan mucha luz sobre lo que hasta ahora no merecía sino unas breves líneas en los libros de Historia.

De todos estos documentos, una carta hallada en la Biblioteca Nacional de Francia arroja la información más valiosa para Estella. Se trata de la traducción coetánea al francés de la misiva que la ciudad envió al rey navarro, Enrique II “El Sangüesino”, el 25 de junio de 1521, cuando el ejército español se le venía prácticamente encima en su imparable avance hacia Pamplona.

Sin duda, la carta fue escrita originalmente en castellano, que era el idioma que los navarros usaban por entonces cuando cogían la pluma. Y ello a pesar de que sabemos que, en realidad, la mayoría de los estellese, especialmente el llamado “pueblo común” hablaba euskera. Y eso no lo cambió la conquista española. Cuando el hijo del emperador, el famoso Fe-

¹ Licenciado en Geografía e Historia, Licenciado en Sociología, Doctor en Historia y Técnico Superior del Archivo Real y General de Navarra. Autor de *La Guerra de Navarra (1512-1529). Crónica de la conquista española*. Pamplona-Iruña, Pamiela, 2010.

lipo II, visitó la ciudad en 1592 uno de sus acompañantes, francés de lengua, reparó en ello y escribía en su crónica refiriéndose a los estellese: “*la parte más humilde habla la lengua vizcaína, que ellos llaman vascongada, la cual nos pareció muy extraña, no entendiendo de la misma ni una sola palabra*”. Y la preponderancia del euskera sería aún mayor en el mundo rural circundante.

A decir verdad, de la existencia de esta traducción de la carta teníamos constancia gracias a la breve mención que un historiador francés llamado Gaillard hizo de ella en 1766. En su libro sobre Francisco I de Francia, aseguraba que los estellese habían rogado a Enrique II que viniese a la Alta Navarra diciendo: “*Señor, apareced solamente y veréis luego que hasta las piedras, las montañas y los árboles se arman para vuestro servicio*”. La cita fue reproducida posteriormente por Boissonnade y, a través de él, por muchos historiadores posteriores.

A la vista del documento original se aprecia que el historiador francés se tomó alguna licencia literaria a la hora de reproducir la frase. Aunque el contenido no difiere mucho, la carta no dice exactamente eso. Y, lo que es más importante, no dice solamente eso. Incluye mucha más información que refleja la angustiada situación que se vivía en la ciudad del Ega aquellos últimos días del mes de junio de 1521.

El repliegue franco-navarro

Como se sabe, hacia el 21 de mayo de 1521, apenas unos días después de que lo hiciera Pamplona, los estellese se levantaron en armas contra la guarnición española comandada Pedro Vélez de Gebara, señor de Salinillas de Buradón². Este, sin tropas suficientes para someter a la ciudad y temeroso de la vanguardia franco-navarra que se acercaba por Puente la Reina, hubo de capitular y retirarse a Logroño. El alcalde de Estella, el beaumontés Nicolás de Eguía, y sus familiares huyeron también, no sin antes confiar a la seguridad del castillo sus más preciadas pertenencias.

Hasta ahora no sabíamos que esta sublevación se había producido, pero no hay duda de que fue así. El propio obispo de Oviedo informaba al Emperador –por entonces en Flandes– apenas unos días después. Refiriéndose a los franco-navarros, le decía en su carta de 9 de junio de 1521: “*Fueron después a Estella y el pueblo se alzó por ellos y la fortaleza no se defendió*”.

Así pues, hacia el 22 de mayo las primeras tropas franco-navarras entrarían en la ciudad liberada y casi inmediatamente Estella enviaría una delegación para, en nombre propio y en el de la merindad, prestar juramento de fidelidad a Enrique II en las manos del general Lesparre. Este comandaba el ejército libertador como lugarteniente general de los reyes de Francia y de Navarra. La plaza fue confiada al navarro León de Garro, vizconde de Zolina, que fue nombrado también merino de Estella. Después, el ejército franco-navarro ocuparía las cercanas fortalezas de Monjardín y Cábrega y se encaminaría a las localidades del Condado de Lerín, mientras el señor de San Martín de Améscoa se encargaría de reforzar la defensa de la frontera alavesa. Y lo que tuvo más trascendencia. A principios del mes, para animar a los rebeldes comuneros, se atacaría a la propia Castilla: la entonces castellana villa de Los Arcos sería sometida a un furioso saqueo y Logroño sitiada.

² Aclaro esto porque en mi reciente libro doy a este personaje el título de Conde de Oñate, que en realidad, aunque se llamaba igual, era su tío.

Pero muy pronto la situación militar daría un brusco giro. Alarmado por el ataque a su reino, el ejército real castellano se dirigió a marchas forzadas en socorro de la capital riojana, donde resistían parte de las guarniciones evacuadas de Navarra. Desde todo Castilla acudían tropas, incluidas las enviadas por ciudades poco antes comuneras y por las provincias de Guipuzkoa y Bizkaia. Por su parte, acuciado por la falta de víveres y la indisciplina de su infantería gascona, Lesparre decidió volverse a Navarra. El 12 de junio las tropas franco-navarras cruzaron el Ebro y asentaban su campamento en las cercanías de Viana. Apenas tres días más tarde, los gobernadores de Castilla llegaban a la otra orilla con el grueso de su ejército.

Como dos titanes mirándose con mutuo temor y separados tan sólo por el caudaloso río, los dos ejércitos no osaban enfrentarse. La situación militar permaneció estancada durante la tercera semana de junio. Finalmente, el 19 de ese mes Lesparre ordenó a sus tropas replegarse descendiendo por la orilla izquierda del Ebro hasta llegar a Villafranca dos días más tarde. Buscaba, según afirmaba, proteger la vía del río Arga para asegurar la línea de abastecimientos y las comunicaciones con Pamplona y, a la vez, proteger a la mayoría de las principales localidades navarras de la Zona Media y de la Ribera.

Por su parte, sólo después de haberse reforzado, el día 21 de junio el grueso del ejército español cruzó el Ebro. Tras saquear furiosamente Viana y su comarca, asentó su campamento en el mismo soto donde poco antes lo hicieran sus enemigos. La noticia llegó ese mismo día a oídos de Lesparre. Según le informaban sus espías, serían unos 10.000 infantes y 1.500 jinetes. El resto del ejército había marchado descendiendo por la orilla derecha del Ebro, hasta Calahorra, amenazando las localidades de la Ribera navarra. Tal vez por ello, ese mismo día Lesparre levantó su campamento y dirigió a sus tropas más al norte, llegando a Miranda al día siguiente, sábado por más señas. Desde allí, por primera vez, ordenó la movilización general del reino: nada menos que 4.000 navarros debían ser reclutados para reforzar su infantería.

El rey deseado

Pero, ¿dónde estaba el rey en cuyo favor se habían levantado los navarros? Desde principios de año, el joven Enrique II de Labrit –nacido 18 años antes en Sangüesa– se encontraba en sus dominios de Bearne para organizar el más serio intento por recuperar el reino de sus padres. A pesar de que durante todo ese mes de mayo el levantamiento de los navarros se habían hecho invocando su nombre –sin ir más lejos, sus paisanos zangozarras gritaban ¡Enrich! ¡Enrich! cuando arrastraban las banderas castellanas–, todavía no había puesto su pie en el reino. Es más, el 19 de junio desde el castillo de Vergey, el propio rey de Francia –que era su protector y quien pagaba las tropas– había solicitado su presencia en la corte gala.

El 28 de junio, estando el rey navarro en Navarrenx, contestaba diplomáticamente al francés. Según dice en su carta, se estaba preparando para acudir a su llamada, cuando ha recibido noticias desde Navarra. Sus súbditos reclaman insistentemente su presencia en Pamplona. Y como prueba de ello, por medio de su chambelán el señor de Escars, le adjunta varias cartas que le han enviado. Ello le ha decidido a permanecer en Bearne. Le agradece la ayuda prestada para la reciente recuperación de su reino pero, añade: *“Ahora es cuestión de conservarlo. Por mi parte, he decidido cumplir con mi deber y os ruego y suplico, señor (...) me queráis socorrer y ayudar”*.

En este contexto, no es difícil deducir que esta es la razón de la existencia en los archivos reales franceses de las traducciones al francés de las cartas enviadas a Enrique II por las ciudades de Estella y Pamplona los días 25 y 26 de junio de 1521. Los originales habrían quedado en los archivos de la corte navarra y, si se conservan, no han sido aún hallados.

Efectivamente, Enrique II de Navarra estaba decidido a acudir a la llamada de sus súbditos navarros. Pero para eso necesitaba dinero. A principios de junio, cuando el ejército de Lesparre había completado la liberación del reino, el joven rey había convocado a los Estados de Bearne, Marsán y Gabardán –sus principales dominios al norte de los Pirineos– para celebrar una solemne asamblea en Navarrenx. La sesión inaugural de esas “Cortes” daría comienzo el mismo día en que el navarro escribía al rey de Francia. Tal y como expondría en su discurso de apertura, la principal finalidad de la reunión era la de recaudar dinero para sufragar su viaje a Navarra. Para entonces, aunque él no lo sabía –los mensajeros tardaban días en atravesar los Pirineos– la situación militar en su reino se estaba volviendo insostenible.

La carta de Estella

Fue en este contexto de incertidumbre militar, con el ejército de Lesparre replegándose hacia la Cuenca de Pamplona y con el ejército español avanzando por la ribera Estellesa, cuando el 25 de junio los ciudadanos de Estella enviaron una angustiosa carta a Enrique II. En ella le exponían su apurada situación y solicitaban su ayuda.

La ciudad del Ega tendría por entonces dos millares de habitantes. Su liderazgo político, militar y económico sobre toda la merindad era indiscutido. Lo que hacía Estella lo seguían todas las villas y valles desde Urbasa al Ebro. En 1521, su Ayuntamiento estaba integrado por su alcalde, el mercader beaumontés Nicolás de Eguía, media docena de “jurados” y otros tantos “regidores”. Entre los primeros se encontraban Diego de Amburz, Pedro de Echávarri, Juan de la Torre, Juan de Baquedano, Juan de Jesús y García de Oco. Entre los segundos, Felipe de Gárriz (uno de los héroes del levantamiento de 1512), Gonzalo de Baquedano, Miguel de Eguía, Martín de Bera, Lope de San Juan y Juan de Ormáiztegui.

Como se ve, había entre ellos tanto agramonteses como beaumonteses, pero hay que recordar que en los últimos años muchos de estos últimos habían pasado a defender la causa de los Labrit. No sabemos qué participación tuvieron en el levantamiento de mayo, ni quienes fueron destituidos cuando llegaron los legitimistas navarros. Suponemos que, a excepción de los proscritos Eguía, la mayoría de ellos seguirían en sus cargos tras jurar a Enrique II. Pero sin duda, muy cerca de los autores de la carta que nos ocupa se encontrarían Juan de Baquedano y Esteban de Eulate –que poco después se exiliarían en Francia– y los nobles de la tierra que habían llegado poco antes con el ejército libertador: Juan Vélaz de Medrano y el señor de San Martín de Améscoa.

Pero vayamos con el contenido de la carta, que comienza con una disculpa. Las ocupaciones que los dirigentes estelleses han tenido durante todo el último mes les han impedido enviarle un embajador para cumplir con su obligación de súbditos. Este aspecto es importante, pues prueba que los navarros que protagonizaron el levantamiento de 1521 tenían muy claro que lo hacían en nombre de su legítimo rey, aquél chaval que casi diez años antes había salido huyendo precipitadamente en brazos de su madre, la reina Catalina. El hecho de que también hablen de Lesparre como general de “vuestro (ejército) real” no hace sino reforzar esa idea.

Inmediatamente, los dirigentes estellesses pasan a exponer al joven rey su angustiosa situación militar. Según dicen, Lesparre –a quien dejamos acampado con su ejército en Miranda- se había replegado aún más, instalándose en las cercanías de Puente la Reina. Por ello, toda la parte sur de la merindad había vuelto a ser ocupada por el enemigo. Efectivamente, la vanguardia española –comandada por el Duque de Nájera- se hallaba ya en Sesma y Lerín. En ella cabalgaban los más destacados beaumonteses exiliados: el conde de Lerín y sus hijos, los señores de Góngora, Guenduláin, Arizkun y Esparza y el capitán Donamaria.

Según dice, la propia Estella había sido conminada a rendirse por medio de un trompeta. No obstante, los estellesses, “*continuando con su antigua lealtad*” aseguran al rey, se han puesto en estado de defensa determinados a resistir y a morir al servicio del rey de Navarra. Pero el peligro en que están es muy grande.

En primer lugar, la ciudad carece de murallas. Como se sabe, en 1513 se habían deruido dos de sus tres fortalezas y en 1516, tras fracasar el levantamiento general del reino, se procedió a la demolición de sus imponentes murallas. Hasta entonces, según reconocía el propio rey Fernando de Aragón en una carta, Estella era el punto más fuerte del sistema defensivo de Navarra lo que, unido a su posición estratégica en la ruta que unía Pamplona con Castilla, le confería una importancia inusitada. Pues bien, ni siquiera las precipitadas obras de reparación que se llevarían a cabo en mayo de 1521 le habían podido devolver su antiguo valor militar.

Por otro lado, los de Estella informan a Enrique II de un hecho que desconocíamos hasta ahora. Según aseguran los capitanes navarros que defienden la ciudad han conseguido rechazar un ataque español que pretendía tomarla. Especial protagonismo se da al bravo capitán Jaime Vélaz de Medrano, quien apenas un año después moriría en oscuras circunstancias tras haber defendido con honor la fortaleza de Amaiur. A decir verdad, no conocemos mucho de este personaje que pasará a la historia rodeado de un aura de héroe. Sabemos que era hijo del linaje de esa familia noble cuya torre de linaje se encontraba en Igúzquiza y cuya cabeza era su hermano mayor, Juan, señor de Learza, que había sido merino de Estella y defendido en 1512 el castillo de Miranda. Jaime había sido caballero de los reyes Juan III y Catalina I. Habiendo participado en la intentona de 1516, consiguió escapar del desastre de Isaba, donde fue hecho prisionero el mariscal Pedro de Navarra y la plana mayor del legitimismo navarro. Debió volver del exilio enrolado en el ejército de Lesparre.

Determinar el lugar donde tuvo lugar este combate plantea problemas. Pudo tener lugar cerca de Legaria, pues sabemos que allí fue apresado por Vélaz de Medrano un beaumontés pamplonés. En este caso, el ataque sería dirigido por la vanguardia española del Duque de Nájera, pues sabemos que las milicias alavesas, que hacia el 20 de junio se hallaban concentradas entorno a Santa Cruz de Kanpezu y Kontrasta, no se movieron de allí por temor a un ataque navarro. Tampoco sabemos si esta batalla es la misma o una distinta de la que se menciona en la carta que por las mismas fechas envía Pamplona a Enrique II. Según se dice en ella, seguramente el día 21 de junio los de la capital han repelido el ataque de unos 2.000 vizcaínos, alaveses y beaumonteses navarros que avanzaban por el valle de Arakil y que, según reconocen los iruindarras, fueron rechazados con la ayuda de los de Estella.

Sea como fuere, Estella ha estado en gran peligro de ser apresada. Y si no fuera por Vélaz de Medrano –aseguran- y los propios estellesses, “*la mayor parte de los de este reino se hubieran rebelado a favor de los enemigos*”. En esta expresión, en la que debe haber bastante de interesada exageración, podemos ver que efectivamente el ejército español avanzada re-

montando el curso del Ega, atravesando el Condado de Lerín, un territorio navarro de clara sensibilidad beaumontesa.

Según afirman, el ejército enemigo se ha envalentonado al ver que los franco-navarros abandonaban Viana. Los españoles han entrado en Navarra y se dirigen contra Estella con artillería (Lesparre hablaba de cinco grandes cañones), 6.000 infantes y 500 jinetes. Sin embargo, en su mayor parte esa infantería está integrada por gente inútil y de poco valor militar. Como se ve, esta información no coincide con la que recibió el general franco-navarro.

Efectivamente, el 28 de junio –el mismo día que Enrique II hablaba ante las cortes bearnesas- Lesparre escribía desde Obanos al rey de Francia justificando su movimiento hacia el norte: los españoles cortaban sus líneas de aprovisionamiento. Además, un hecho vino a complicar aún más su situación militar. El segundo líder agramontés, el Marqués de Falces, inmerso en su habitual doble juego, se había decidido ya a pasarse al servicio de España y en el propio ejército franco-navarro un noble –tal vez su propio hijo Antonio- mantenía convenientemente informado a los gobernadores de Castilla de las intenciones y los problemas del ejército franco-navarro.

¿Qué ocurría, mientras tanto, en el otro ejército?. Según escribía el propio almirante de Castilla desde Logroño, la falta de abastecimientos les había impedido perseguir al enemigo. Poco después, el ejército español se dividió. Parte había marchado hacia Calahorra. La otra parte había cruzado el río el 21 de junio. Es el momento en que el almirante Enríquez afirma: *“allá vamos a buscar a los enemigos”*.

Conscientes de su superioridad militar y acuciados también por problemas de abastecimiento y la situación interna castellana (la comunera Toledo aún resistía), los generales españoles siguieron la estrategia de provocar cuanto antes un enfrentamiento en batalla campal. Por las mismas razones, Lesparre trataba de evitarlo a toda costa. Esta circunstancia explicaría, por un lado, que el ejército español no siguiera el camino más cómodo y más rápido para llegar a la Cuenca de Pamplona y que pasaba ineludiblemente por Estella. Por otro, que, pese a lo que se ha escrito hasta ahora, no siguiera los pasos del ejército franco-navarro. Mientras Lesparre remontaba el curso del Arga hasta Puente la Reina tratando de defender también la Ribera, los gobernadores de Castilla seguían con sus tropas el curso del Ega hasta converger en Mendigorría, cortando así la comunicación entre Pamplona y Estella.

La carta de Estella termina con una angustiada petición de ayuda. Suplican a Enrique II que ordene a Lesparre volver sobre sus pasos y atacar al ejército invasor. Si hace eso, le aseguran, los enemigos no osarán esperar *“y los expulsaremos de vuestro dicho reino”*. Es a continuación cuando los estelleses solicitan humildemente la presencia en persona del propio monarca. En definitiva, es por él y por su corona por lo que están luchando: *“a vos suplicamos muy humildemente que os plazca venir en persona, que haciendo esto las piedras, las montañas y los árboles harán esfuerzos por vuestro servicio”*.

E insisten en que escriba a Lesparre ordenándole dirigir su ejército contra el enemigo. Aseguran al monarca que el enemigo no avanzará y que el general franco-navarro tiene tropas suficientes para, interpretamos nosotros, sostenerse durante un mes (hasta el 25 de julio, festividad de Santiago). Pero, advierten, es necesario que se haga con la máxima prontitud posible. Y si Lesparre no se atreve a contraatacar, los de Estella insisten en que, al menos, no se mueva de sus posiciones. Según dicen, el enemigo no osará jamás avanzar.

Esto escribían los de Estella el 25 de junio de 1521. La carta, no obstante, tardaría al menos dos días en llegar a Navarrenx. Lesparre, por su parte, hubiera tardado otros tantos en recibir la orden de Enrique II. Y esto nos hubiera puesto en la víspera de la batalla de Noáin. Es decir, la respuesta a la demanda de los estelenses no hubiera podido cambiar el curso de los acontecimientos que se iban a precipitar poco después.

La rendición de Estella

Tras acampar sucesivamente en Viana, Sesma y Lerín, el ejército español levantó su campamento en el Soto de Baigorri, muy cerca de Allo. El 27 de junio la vanguardia del ejército español se encontraba ya en Mendigorriá. Desde allí, el almirante de Castilla explicaba al co-gobernador Utrecht (que había quedado en Logroño) cuál era la estrategia que seguirían. Al día siguiente atacarían Estella, lo que obligaría a Lesparre a aceptar la batalla campal. Si acudía en socorro de la ciudad del Ega, ésta sería inmediata. Si no lo hacía, el choque se daría poco después y en una posición menos ventajosa. Como se ve, los generales españoles eran conscientes de su superioridad numérica. En los últimos días habían reforzado su punto más débil, la caballería acorazada, y ya se encontraban en condiciones de plantar cara a los temibles gendarmes franceses.

Pero la carta finaliza con una nota final muy clarificadora. Según dice el almirante, estaba terminando de escribirla cuando una embajada de Estella se había presentado en el campamento para rendir la ciudad y su castillo: “*Después de esta escrita, nos ha venido a dar la obediencia Estella y fortaleza*”, afirma con satisfacción.

Efectivamente, por otras fuentes sabemos que una embajada encabezada por Juan de San Juan, prior de la basílica del Puy, se había personado ante los gobernadores en el cuartel general de Baigorri. ¿Qué había motivado la decisión de los estelenses? Sin duda, habían llegado a la conclusión de que la ciudad era indefendible. Carecía de murallas y, además, Lesparre había ordenado la concentración de todas sus fuerzas en la Cuenca de Pamplona. Allí acudían a marchas forzadas las tropas navarras reclutadas en el sur del reino. También la caballería acorazada francesa que guarnecía Estella pudo recibir órdenes de acudir al campamento de Tiebas. Según relata Mártir de Angleria, el día 28 de junio en los alrededores de Obanos tuvo lugar una escaramuza entre la caballería francesa y la castellana, que a punto estuvo de sufrir un serio descalabro. Pues bien, según afirma ese autor, el escuadrón galo había salido de Estella y marchaba a unirse a su ejército.

Sea como fuere, lo cierto es que, al igual que había ocurrido en octubre de 1512, la decisión de rendir la ciudad no fue secundada por la guarnición del castillo, comandada como dijimos por el vizconde de Zolina. Y es aquí donde entró en escena el marqués de Falces.

El marqués, que tras la prisión del mariscal Pedro de Navarra, había quedado como referente del partido agramontés, residía por esos días en su castillo de Marcilla. Tanto por sus relaciones familiares como por sus alianzas políticas, su gran protector era, precisamente, el condestable de Castilla, el hombre fuerte de España en ese momento. Su implicación en el levantamiento navarro y en las acciones del ejército franco-navarro no es bien conocida, pero en todo caso, como siempre, debió ser bastante ambigua. Estuvo en el sitio de Logroño, pero poco después, su actitud despertó las sospechas de Lesparre y de otros agramonteses navarros. Desconfiando de él, el general franco-navarro ordenó ocuparle su castillo de Falces.

Cuando la situación militar se decantaba ya a favor de los españoles, el marqués decidió cambiar de bando. La noche del 26 de junio, cerca de Andosilla, el de Falces se entrevistó con un enviado del condestable, a quien manifestaría su cambio de adhesión y su intención de unirse a las tropas castellanas. Al día siguiente, el líder agramontés se presentaba en el campamento del Soto de Baigorri. Fue entonces cuando los gobernadores de Castilla le requirieron a que escribiese una carta al gobernador de Estella, su pariente el vizconde de Zolina. Así lo hizo. En una carta que se le remitió inmediatamente, el marqués le informaba de su cambio de bando y le aconsejaba que rindiese el castillo, mérito que –decía– los españoles sabrían agradecerle. Tras comunicar a los generales la importante información que desde el campamento franco-navarro le remitía su hijo Antonio (entre otra, que Lesparre proyectaba licenciar a la infantería gascona y encerrarse con la caballería en Pamplona), el de Falces recibió órdenes de volver a sus dominios para impedir a toda costa que las tropas y suministros que se enviaban a Lesparre desde la Ribera llegasen a tiempo.

El 28 de junio, no obstante, partió del real de Baigorri una columna a las órdenes de Vélez de Gebara. Le acompañaban, además del centenar de jinetes de su capitanía, 150 infantes de la milicia de Palencia con su capitán Latorre al frente. Su cometido era someter el castillo “*que no se quería entregar*”.

Los soldados de Vélez de Gebara entraron en la ciudad a primeras horas del 29 de junio. Al llegar a la puerta del Santo Sepulcro, la más oriental de la ciudad, le estaban esperando algunos regidores encabezados por Felipe de Gárriz, que le abrieron la puerta. Le pidieron, eso sí, que evitase que las tropas saqueasen la ciudad. El alavés no se comprometió: sus tropas venían sin blanca y tenían que comer. Poco después la guarnición navarra del castillo rindió sus armas aunque, al parecer, en similares condiciones que nueve años antes.

Como se temían los lizarrartarras, los soldados irrumpieron en la ciudad “desmandados” y comenzaron a asaltar las despensas de sus casas. El recuerdo del feroz saqueo de octubre de 1512, cuando las tropas de Fernando de Aragón tomaron la ciudad al asalto, vendría a la memoria de muchos estellese. Su capitán aseguraba en que nada podía hacer. Así que sólo el reparto entre los jinetes de medio centenar de escudos de oro que el Regimiento pudo reunir consiguió que se les ordenase abandonar la ciudad. Unos dicen que para alojarse en los cercanos valles de Yerri y Guesalaz. Otros que con destino a la batalla que al día siguiente iba a tener lugar sobre las campas de Noáin.

Precisamente el mismo día de esa batalla, aquel aciago 30 de junio de 1521, al mediodía, el vizconde de Zolina se presentaba ante Lesparre en el campamento franco-navarro de Tiebas. El ya exgobernador de Estella expuso al general las razones que le habían llevado a rendir el castillo. Y prueba de que seguía fiel a la causa legitimista es que, cuando volvía a su casa de Zolina, fue él el que avistó el ejército castellano acampando en el soto de Esquíroz tras haber realizado la arriesgada maniobra que precipitó la batalla. Ni corto ni perezoso, el vizconde no dudó en dar vuelta con su caballo y al galope regresar a Tiebas para dar la voz de alarma. Finalmente terminó entrando en combate y, tras la derrota, hubo de exiliarse en Aragón. También en las campas de Noáin peleó valientemente otro de los defensores de Estella, Jaime Vélez de Medrano. En este caso, los derrotados se refugiaron en Pamplona desde donde, al día siguiente, ante la imposibilidad de defender la capital del reino, se replegarían hacia Baja Navarra para disputar a los conquistadores hasta el último palmo del reino.

La importancia de Estella

La rendición de Estella, seguramente inevitable, tuvo unas consecuencias inmediatas desde el punto de vista militar. Según reconocía el propio condestable de Castilla, que comandó el ejército español, el paso de la sierra de Erreniega no lo hubieran podido hacer si Estella siguiese en manos legitimistas. Así se vanagloriaba ante el emperador en su carta de 12 de agosto de 1521: gracias a que él era el aliado de los agramonteses, había conseguido que el vizconde rindiera la fortaleza de Estella, con lo que *“tuvimos lugar de pasar a poner nuestro real donde tuvimos la batalla, lo cual no se pudiera hacer si Estella estuviera por los enemigos”*. La razón: les cortaban las líneas de aprovisionamiento. Las tropas españolas llegaban en condiciones de penuria extrema, indisciplinadas y saqueando todo lo que encontraban desde Viana a Puente la Reina.

Convenientemente informados de los movimientos franco-navarros, los generales españoles pudieron pensar que el tiempo jugaba a favor de Lesparre. Su ejército estaría pronto reforzado por la llegada de otros 3.000 navarros, el rey Enrique se hallaba reclutando también tropas bearnesas y al otro lado de los Pirineos el rey de Francia concentraba un enorme ejército de socorro en el que, horror, se encontraban 5.000 mercenarios alemanes. Los generales castellanos no podía esperar. No tenían dinero ni suficientes suministros y el sometimiento de los comuneros castellanos era solo aparente. Tenían claro que había que jugárselo a una carta.

Aunque entre el propio mando español hubo muchos detractores, el arriesgado movimiento español, emprendido al amanecer del día 30 de junio, salió bien. Permitió al ejército español flanquear las fuertes posiciones franco-navarras de Tiebas e interponerse entre el ejército de Lesparre y la guarnición de Pamplona. Y al general franco-navarro se vio obligado a abandonar su ventajosa posición y a precipitar una batalla campal en condiciones de inferioridad numérica.

El desenlace de la única gran batalla campal de la conquista española es de todos conocido. Y ahora sabemos más sobre el papel que tuvo en ella la ciudad de Estella/Lizarra.